

RESEÑAS

FRANÇOIS HARTOG, *Crear en la historia*, Santiago, Ediciones Universidad Finis Terrae, 2014, 335 páginas.

Desde la aparición a comienzos de este siglo de *Regímenes de historicidad: presentismo y experiencias del tiempo* (original en francés de 2003) el nombre de François Hartog se nos hace cada vez más recurrente en habla hispana, sobre todo, por la traducción del libro gracias al Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana (2007), misma casa de estudio que tradujera años después una segunda reflexión del autor en relación con la temática de la conciencia histórica titulado *Evidencia de la Historia* (original de 2005). Un tercer momento de este recorrido aparece en el texto que presentamos a continuación, publicado el año 2013 bajo la editorial Flammarion y que ha sido traducido por Manuel Valdivia dentro del contexto de la Colección Re-visiones de la Universidad Finis Terrae.

Esta nueva instancia de reflexión se enmarca en un esfuerzo por posicionar el problema de la temporalidad desde las diferentes expresiones sociales (su propuesta de los *regímenes de historicidad*²⁹), problemática que adquiere mejor comprensión si el lector se ha familiarizado con la semántica histórica en Reinhart Koselleck y la filosofía crítica de la historia de Paul Ricoeur (en especial la expuesta en *Tiempo y narración y La memoria, la historia, el olvido*). Incluso, posterior a la publicación, François Hartog ha deslizado la posibilidad de que sea la discusión desde la temporalidad la que unifique las Ciencias Sociales: “Me pregunto si el conflicto de las temporalidades podría devenir en un ‘lugar común’ de preguntas para las ciencias sociales, un punto de encuentro, como lo pudo ser la larga duración, cuando Fernand Braudel llamara, en 1958, a la apertura de una marcha común de las ciencias sociales”³⁰.

Para comenzar, una cita: “Con el final del siglo xx, la historia parece haber pasado de la omnipotencia a la impotencia” (p. 36). A nuestro juicio, la cita engloba una idea que recorre todo el andamiaje del texto: la historia, esa idea moderna de la cual Reinhart Koselleck nos iluminó en sus investigaciones sobre ese singular colectivo llamado *Historia* (que apareciera en el siglo xviii y que fuera el motor iluminador entre pasado y futuro) parece fundirse en la incertidumbre. Luego de una confianza en la *evidencia de la historia* desde el siglo xix y parte del xx, hemos pasado a una desconfianza generalizada ¿Creemos todavía en la historia? ¿Qué lugar ocupa en este inquietante y acelerado pre-

²⁹ “El régimen de historicidad se presenta como un instrumento para interrogar las diferentes experiencias del tiempo, las crisis del tiempo (...) Vamos a entender por regímenes de historicidad las modalidades de articulación de las categorías pasado, presente futuro”, en François Hartog, “Historicité / régimes d’historicité”, Christian Delacroix, François Dosse, Patrick Garcia, Nicolas Offenstadt (Dirs.) *Historiographies, II. Concepts et débats*, París, Gallimard, 2010, p. 766

³⁰ François Hartog, “Conclusion”, in *Vingtième Siècle. Revue d’histoire*, Nº 117, París, 2013, p. 248.

sente? ¿Qué significa creer hoy en la historia?, son parte de las preguntas que articulan el texto. La historicidad de hoy —que el autor denomina *presentismo*— está lejos de esa Historia *magistra vitae*, propia del régimen antiguo de historicidad o de la idea de progreso y confianza en el futuro ligada al régimen moderno de historicidad (futurismo). La idea cardinal, desde donde se configuró lo que hemos llamado conocimiento verdadero los últimos dos siglos, está en proceso de mutación, de cambio, nos advierte. En este sentido, el autor va desentrañando este devenir para una comprensión del presente. Para el autor, la certeza es que desde hace unos treinta años occidente viene transformando sus experiencias del tiempo y la clave para este fenómeno está en la configuración social del futuro. El régimen moderno de historicidad, François Hartog lo entiende desde ese futurismo (exacerbado al comienzo y algo desconfiado después) que alimentaba el motor de la historia. La llamada “crisis del futuro” ha traído, según el autor, los fenómenos de la memoria, patrimonio, conmemoración e identidad como rasgos del nuevo fenómeno temporal.

¿Qué se propone el autor?: interrogar desde la historiografía y desde la novela, desde la retórica de los historiadores y desde la literatura, el concepto moderno de historia, aquel en el cual se *creía*. Para eso, propone hacer dialogar los modos de *hacer* historia que se han devenido con el paso de los años junto con el análisis de algunos novelistas que según él aumentan la evidencia de la crisis de historicidad. A esto suma un pequeño “intermedio” donde analiza tres imágenes denominadas “alegorías de la Historia”.

El primer capítulo se denomina “El ascenso de las dudas”, en él propone mostrar el paso de la “historia como jueza” (régimen moderno de historicidad) a la “historia juzgada” (propia del presentismo). Apunta hacia el oficio del historiador puesto a prueba ante la crisis de historicidad que el autor repasa a grandes rasgos volviendo sobre sus textos anteriores. La vuelta del presente como fenómeno constructor de conocimiento histórico reivindica la figura y los postulados de Michel De Certeau: la historiografía como constructo social. Para François Hartog, la arremetida del presente como parte estructurante de la operación historiográfica se debe al problema de la *memoria*, en especial —para ser justos con los conceptos— de la *memoria colectiva*, haciendo eco de la sociología de la memoria en Maurice Halbwachs. Tal cuestión apunta a lo que se ha denominado la *vuelta al acontecimiento* y a la revaloración que está teniendo en ciertas corrientes historiográficas el acontecer, cada vez más lejos de la desvaloración braudeliana de la coyuntura y los hechos del diario vivir. En especial, por cierto, son los acontecimientos fundadores de historicidad, cuestión que Henry Rousso ha reflexionado en torno a una tesis más que interesante: pareciera que la historia contemporánea comienza desde su última catástrofe. François Hartog no se detiene en esa propuesta, pero sí reflexiona, como Henry Rousso, en el problema de lo contemporáneo, fenómeno que se esconde bajo la idea del presente. Memoria y patrimonio (también el trauma) son denominadas “palabras del presente”; palabras que son nombradas por ciertos actores sociales como el periodista, el juez, el experto (¿nosotros los historiadores?), la víctima. Todo esto ha llevado al historiador a circundar caminos de dudas, pues con todo, sería en la relación de historicidad con el futuro donde la disciplina ha perdido la confianza en sí misma para replegarse en un presente que no cesa. Vivimos los historiadores, nos dice, en tiempos de catástrofes. Vivir en un mundo presentista es vivir modos de vida que tienen relación con la aceleración de la vida (los historiadores debemos leer los interesantes es-

tudios de Hartmut Rosa, autor alemán no citado por François Hartog) o como explica en una entrevista reciente: vivir en un mundo presentista es

“[...] que vivimos inmersos en acontecimientos que vienen unos tras otros pero que no tienen relación entre ellos, y lo único que se puede hacer es actuar rápido, reaccionar. Detrás de ello está la certeza de que hemos entrado en una era de catástrofes (...) Y lo único que esperamos de los políticos es la rapidez de su reacción, no sus propuestas ni capacidad de hacer. De modo que cuando acaba la catástrofe, esperamos de inmediato la catástrofe que vendrá. Así se vive el tiempo en un régimen de historicidad presentista”³¹.

Un segundo momento se encuentra en el capítulo “La inquietante extrañeza de la historia”, título que proviene del concepto freudiano *Unheimlichkeit*, relacionado con lo siniestro. ¿La historia debemos entenderla como remedio, como veneno de la memoria o ambas a la vez? En estas líneas, François Hartog se propone analizar la extrañeza causada por la pérdida de “evidencia de la historia” en tiempos de *memoria* y del *giro lingüístico*. Al diferenciarse la historia de la memoria por medio de la escritura, acontece también lo siniestro: el conocimiento histórico nace de la memoria, pero se esfuerza en diferenciarse de ella mediante la operación historiográfica. Para hacer este recorrido, toma una decisión llamativa –que responde a la defensa de una disciplina que, si bien estuvo un tiempo contrariada por figuras como Hayden White o Roland Barthes, hoy se afirma desde la memoria–. De la mano de un filósofo y de un historiador se esfuerza en interrogar los poderes del relato historiográfico: Paul Ricoeur (*outsider*) y Carlo Ginzburg (*insider*). Para ello, hace gala de sus conocimientos acerca de la filosofía del lenguaje en Paul Ricoeur, así como los aportes del historiador italiano, al cual denomina como *realista*, pero no *positivista*. Ambos, aunque desde veredas distintas (en ello no se confunde François Hartog) son ocupados desde una coyuntura intelectual en contra de los llamados escépticos del conocimiento histórico, donde también tiene cabida nombres obligados como los de Maurice Halbwachs, Yosef Yerushalmi y Pierre Nora. La historia se ha cargado de extrañeza precisamente porque ha perdido evidencia, aquella seguridad que parecía establecer desde el régimen moderno de historicidad se ha esfumado en las redes del presente, en esos “pasados que no pasan” (Henry Rousso). Pareciera, incluso, que somos testigos del final de un régimen historiográfico.

Antes de pasar al tercer capítulo, detiene un momento su recorrido para desarrollar algunas reflexiones que representan o cuestionan el concepto de historia a partir de tres obras de arte: “La gloria de Napoleón” del pintor Alexandre Veron-Bellecourt y los “Ángeles” de Paul Klee (*Angelus Novus*) y de Anselm Kiefer (“El Ángel de la Historia. Amapola y memoria”). La primera (obra del siglo XIX) representa el concepto de historia *magistra vitae* en concomitancia con el régimen moderno, donde Clío muestra la gloria de Napoleón Bonaparte a un grupo de hombres exóticos, haciendo eco de un pasado

³¹ Véase Pablo Aravena Núñez, “François Hartog: la historia en un tiempo catastrófico” (entrevista), en *Cuadernos de Historia*, N° 41, Santiago, 2014, p. 230. ¿Los historiadores nos ponemos a reflexionar acerca de la naturalización del horror que vemos por televisión? Pensemos nada más en dos ejemplos frescos: las noticias que nos llegan cada semana de los horrores cometidos por el Estado islámico contra todo ser humano que piense distinto a ellos, y el horrible atentado a los cristianos de Pakistán el domingo 27 de marzo de 2016.

ejemplar y de un futuro que parecía esplendoroso. La segunda, famosa en el gremio de historiadores por ser ocupada por Walter Benjamin para representar el “Ángel de la Historia”, representa una mutación: el pasado y el futuro espantan. El progreso no fue tal. La última imagen corresponde al artista alemán Anselm Kiefer, en ella, François Hartog ve un ángel ya sin rostro, el ser alado ahora es un pesado avión de plomo que ya ha cumplido su misión de muerte. Para el autor, la imagen representa la detención del tiempo, la de un pasado presente, mezcla de memoria y olvido, propia del presentismo.

El tercer capítulo lleva por nombre “Del lado de los escritores: los tiempos de la novela”. Desde Honoré de Balzac a Jean-Paul Sartre, nuestro autor intenta explicar que la literatura mantiene una relación de “amor y odio” con el régimen moderno de historicidad, un sí y un no. Amor, porque todo comienza desde la nueva temporalidad moderna (aquella que separa horizonte de expectativas y horizonte de espera en una confianza en el progreso y en la historia como motor del cambio) y odio, porque la novela se interesa, a la vez, en las “fallas” del régimen moderno, en sus defectos. Honoré de Balzac representa el inicio de la novela subida al carro acelerado de la historia. François-René de Chateaubriand, León Tolstoi, Robert Musil y los contemporáneos Winfried Georg Sebald, Olivier Rolin y Cormac McCarthy le siguen para desarrollar los argumentos, a saber, que los escritores fueron embargados por el tiempo, apoderándose de él “para hurgar en sus discordancias o en sus fallas y destacar la simultaneidad de lo no simultáneo” (p. 245).

“Del lado de los historiadores: los avatares del régimen moderno de historicidad” es el último capítulo. Allí el autor se aboca a los cambios producidos —en la disciplina historiadora europea— con respecto al régimen moderno de historicidad, en especial desde el siglo XIX hasta la actualidad. Un rápido repaso que sustenta la idea de un proceso de resquebrajamiento propio desde mitad del siglo XX, pasado por una “visión fuerte” hasta la idea de historia global. Un camino que muestra el derrotero historiador desde la confianza en el progreso (matriz futurista de la historiografía) hasta cierto rechazo al régimen moderno, donde lo global corresponde a la destemporalización propia del presentismo, y donde está lejana la idea de una modernidad temporalizada por sus relaciones entre presente y futuro. El estructuralismo viene en desuso (y con él la larga duración) para reapropiarnos de la idea de acontecimiento, de sujeto (y de víctima), de memoria y patrimonio. En síntesis, para François Hartog, los historiadores casi siempre hemos comulgado con los regímenes de historicidad mientras que los novelistas parecen ir a contrapelo, muestran sus fallas, sus ripios.

Visto así, todo el recorrido del autor pretende mostrar cómo la evolución del concepto de ‘historia’ es ilustrativa de los cambios en la relación social del tiempo; para ello, los tres ejemplos desarrollados (historiografía, arte y novela) representan un momento importante dentro de un proyecto historiográfico que se posiciona con rapidez dentro del mundo intelectual occidental.

Para finalizar, deslizar tres críticas. En primer lugar, para el lector interesado en la propuesta desde la publicación de los regímenes de historicidad, el texto, si bien representa un avance en la propuesta, no es del todo novedoso. Dos de los capítulos ya habían sido publicados en español (aunque con matices), en particular “La inquietante extrañeza de la historia” (*Historia y Grafía* N° 37, Ciudad de México, 2011) y “El nombre y los conceptos de la historia” (*Historia Crítica*, N° 54, Bogotá, 2014). También se le podría reprochar al autor la poca relación que establece entre el auge la memoria,

como parte estructurante del presentismo, con la fuerza que tiene la Historia del Tiempo Presente, asunto que parece estar pendiente. También decir la nula referencia a la historiografía latinoamericana. Vale preguntarnos si existe una correlación entre Europa y América con respecto a la relación régimen de historicidad y regímenes historiográficos. Con todo, estamos ante una obra y un proyecto historiográfico que tendrá todavía múltiples ecos historiográficos, pues a decir de Roger Chartier, “La tetralogía de Hartog es sin dudas, la reflexión más aguda y original (...) entre escritura de la historia y las formas de experiencia del tiempo, su percepción y su representación”³².

Es de esperar, entonces, que la propuesta tenga repercusiones historiográficas en Chile y otras partes del mundo, como lo son los trabajos que está realizando la historiadora argentina María Inés Mudrovcic, entre otros pocos.

DANIEL OVALLE PASTÉN
Universidad Andrés Bello
Candidato a Doctor en Historia,
Universidad de Chile
Becario CONICYT

³² Roger Chartier, “Lire Hartog. Une tétralogie et trois questions”, in *L'Atelier du Centre de Recherches Historiques*, 14|2015, mis en ligne le 16 octobre 2015, en ligne: <http://acrh.revues.org/6612>. [Date de consultation: le 05 avril 2016].